

resuelta. Qué lío se armó a la mañana siguiente. Mi abuela Chefa sufrió pero fue fiel al reglamento. Nada menos que su nieta favorita, había ignorado las advertencias tantas veces cacareadas, de no orinarse en la cama.

Abuela Chefa no pudo disimular su frustración y decepción. Además eran demasiados testigos en la casa, dándose cuenta de que en nuestra cama, fue en el lado de ella, que ocurrió el desastre.

A mi prima Tatiana, por más explicaciones, teatro y llanto que armó, no le quedó más remedio que cumplir con el anunciado castigo, mientras todos agradecían que *ella se hubiera orinado*, porque le dio el día libre a todos.

Y yo por supuesto, la pasé saltando sogas.

EDITHA BETHANCOURT, Panamá, 1955. Licenciada en Diseño Gráfico. También es graduada de Técnica, de la Escuela Nacional de Artes Plásticas del INAC. Ha exhibido su trabajo y lo ha exportado a Colombia, Chile, Estados Unidos y Rusia. Fundó su propia empresa de actividades artísticas y actualmente, trabaja en impulsar nuevos proyectos culturales. Es egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010 de la UTP.



La soledad se refleja por sí sola

POR VIANEY MILAGROS CASTRELLÓN

Lo supe desde el primer momento que te vi, que tú, mi reina, estabas destinada al sufrimiento.

A los otros los puedes engañar con tu sonrisa de finalista de concurso de belleza, pero yo te conozco muy bien: Eres imperfecta. Ni tu carita ni tu cinturita pueden ocultarlo. Parece que después de tanto tiempo de vivir juntos, aún no comprendes que te conozco mejor que tú misma.

Sé, por ejemplo, cuándo estás realmente enamorada y cuándo se trata de una atracción de piel. Solo tengo que verlos conversando. Tú no lo notas, pero tienes una forma de inclinar la cabeza ligeramente a la izquierda, como queriendo acercarte a tu corazón, en preparación del atropello amoroso que se avecina.

¿O acaso no fui yo el primero en decirte que Oscar iba a ser tu condena? Y aunque tú me ju-

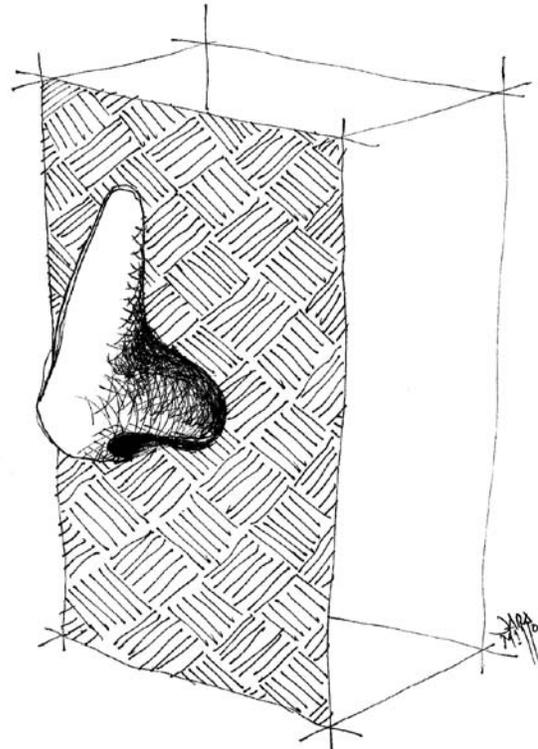
raste por el ánimo de tu abuela y por tus hijos aún por nacer que no estabas enamorada del doctorcito, te sorprendí diciéndole “Te amo” en una de las primeras noches que lo llevaste a nuestro apartamento.

¿Y acaso no fui yo quien te consoló los siete días con sus respectivas noches de dolor, cuando el doctorcito te abandonó? Ay, mi niña, porque tú tampoco lo has notado, pero el sufrimiento de un amor perdido te dura justamente eso, una semana con sus 168 horas, ni un minuto más ni un minuto menos. Lo sabré yo, que te acompañé cuando no te podías ni levantar de la cama al saber que tu querido Pedro, Pedro El Grande como lo llamabas en la intimidad, te había dejado con un escueto mensaje de celular: “Yo me merezco algo mejor”.

A los demás les presumes tu labios pintados de rojo y tus vestidos florales, pero yo sé que el negro es el color que mejor reflejas. Y tú me hu-yes porque ese reproche te sabe a certeza, pero siempre regresas porque no encuentras mejor compañía en tu vida solitaria.

¿Quién te escucha hasta la una de la mañana, hablando de tus sueños de viajar algún día a Venecia para beber un capuchino en la Piazza San Marco? Ninguna de éstas que se hacen llamar tus amigas pero que a tus espaldas te tildan de ‘zorra’. Ah, ¿no lo sabías? Pues te cuento que sentadas en ese mismo sofá donde estás tú ahora mismo, escuché a tus casi hermanas Ángela y Diana decir que nunca habían conocido a una mujer tan promiscua como tú, que ya habían perdido la cuenta de cuántos hombres habías llevado a la cama. Tú estabas en la cocina preparándoles un trago mientras ellas te destruían y yo callé, por temor a que no me creyeran.

¿Pero ahora sí me crees, verdad? Te he probado todo este año que soy tu mejor confidente. Lo verificaste esa tarde de abril que llegaste con un llanto ahogado en la garganta y leíste frente a mí el resultado de los laboratorios. A nadie le conté que esperabas un hijo de ese ‘pelaito’ que recogiste en un bar una noche que te atacó la soledad y cuyo nombre ni siquiera llegué a escuchar; tampoco a nadie le conté cuando meses después fuiste al doctor a solucionar el problema. Nunca



lo hablamos, pero sé que te dolió, y no solo en el cuerpo.

Ay, Mercedes, cuántas cosas hemos pasado juntos. La soledad cuando es por elección se disfruta, pero cuando es impuesta por la vida como en tu caso, sofoca. Tú estás y te sientes sola. Lo sé yo, que soy el primero en verte cada mañana, acariciándote lentamente frente a mí, recordando los amantes que ya no están. Lo reconozco yo, que soy el último en verte cada noche, cuando te duermes entre suspiros, evocando un elusivo amor.

Eso, vuelve a posar para mí. Uno, dos, tres, me encanta cuando sonríes, aunque la alegría sea mentira. Me encanta verte reflejada en mí, aunque solo sea tu soledad.

VIANEY MILAGROS CASTRELLÓN. Panamá, 1975. Estudió periodismo en la Universidad de Panamá (2000). Obtuvo una beca Fullbright (2003) para continuar sus estudios de Maestría en Ohio University. Trabajó por cinco años en el diario La Prensa, donde ocupó los puestos de editora de la Sección Mundo y Jefa de Información. Actualmente es parte del equipo de Documentación Histórica del Programa de Ampliación del Canal, en la Autoridad del Canal de Panamá (ACP). Egresada del Diplomado en Creación Literaria 2010, de la UTP.